

han vivido engañados los pueblos bajo la influencia del clero y las severas pero suaves leyes del Cristianismo? ¿Podrá vivir la blanca flor de la castidad en una sociedad libre, desenfrenada, cuya única ocupacion es adquirir oro, inventar modas contrarias al pudor, entregarse á todas las diversiones, y seguir por máxima general aquel proyecto que oyera Isaías á los impíos, de preparar banquetes, de embriagarse en los soporíficos licores, cantando en su frenesí: «comamos y bebamos, que mañana vamos á morir?» Seamos racionales, amados míos; si á un fuego ya grande por su naturaleza se le echa aceite, este fuego ha de elevar sus llamas hasta las nubes.

¿Y qué otra cosa ha hecho la filosofía impía al organizar el mundo actual segun sus máximas destructoras de toda virtud? Ella, despues de haber blasfemado mil veces contra el pudor, ha sido la que ha introducido en el bello sexo esa pasion desenfrenada del lujo inmodesto. ¡Ah! No grito ahora contra el ornato mujeril; propio es de la mujer el adornarse «con modestia y sobriedad,» como dice San Pablo, pues lo hicieron hasta las mujeres virtuosas, como fuera Sara, quien, por obedecer y agradar á su esposo, se ataviaba honestamente, esperando siempre en Dios, segun lo atestigua el Príncipe de los Apóstoles. Pero hay gran diferencia del adorno honesto á los abusos del lujo de nuestra edad: quien viva entre mujeres ocupadas exclusivamente en adornos y afeites, no puede ser casto. ¿Podrá inspirar castidad una jóven que se presenta al público con escandalosa desnudez, respirando aromas, dirigiendo á todas partes ojos altivos, miradas significadoras, palabras dulces, á lo que se añaden ademanes quizá poco decorosos? ¿Podrá andar entre las cándidas azucenas de la pureza la jóven que desde su infancia no ha aprendido otra ciencia que la de componerse, blanquearse, colorearse y vestirse con inmodestia? ¿Podrá ser pura la que siempre está recibiendo inciensos aduladores de cuan-

tos la rodean, la que no nutre su espíritu sino entre novelas, romances, episodios y dramas llenos de ficciones amorosas, de acciones difíciles, de empresas árduas, fraguadas todas en la imaginacion acalorada de escritores licenciosos? Preciso es confesar la verdad y rendir homenaje á la Religion. En una sociedad organizada por los filósofos, no puede vivir la pureza: ésta es una rosa delicada, que sólo puede subsistir entre espinas; es una tierna flor, que es destruida y marchitada por los vientos abrasadores. Difícil será, pues, ó digamos imposible, que haya castidad en un pueblo basado en los elementos de la ciencia carnal, que no funda su existencia social sino en los placeres y el oro.

Desde que en alas del amor divino bajára del cielo la virginidad con el Verbo Eterno, los ángeles, incorruptibles por su naturaleza, han tenido en la tierra numerosos rivales; ha habido siempre hombres castos; han existido siempre mujeres virginales; los hay tambien hoy; los habrá hasta el fin del mundo; pero ¿creeremos que estas almas puras no son acrisoladas en la tentacion? ¿Pensaremos que tendrán la corona sin haber combatido? No; no este el sistema de la Providencia, amados míos. Ha habido hombres privilegiados que fueran ángeles en carne: no debemos nosotros desconfiar en que á fuerza de combatir, Dios nos conceda esta gracia; pero en el órden comun de los designios divinos está decretado como ley universal que el hombre mortal sea un soldado siempre armado, siempre dispuesto á saltar á la arena para pelear con desnudo. La castidad tiene mil enemigos: enemigos son los ojos, enemigos los oídos, enemigo la lengua; todo cuanto nos rodea nos ataca y hostiga; llega el hombre á agobiarse bajo los años pesados, se emblanquecen sus cabellos, se arruga su frente, se enerva todo su cuerpo, y eso no obstante, le persiguen las sugestiones malignas: si falta la fuerza al cuerpo, sobra el vigor al

espíritu; el mundo es un vasto laberinto fabricado sobre riscos y hondonadas, y para poner el pié es indispensable mirar si nos inclinamos á una parte ú otra, pues todo está sembrado de abismos. Cuando los sábios carnales han afirmado que no podemos ser castos, estas aserciones han sido una consecuencia necesaria de sus doctrinas y vida. Sucede en lo moral lo que acontece en lo físico: si un hombre se coloca en la cima de un declive perpendicular resbaladizo, y cuyo zócalo estribe en el lecho del mar, necesariamente ha de caer en él con la velocidad de un rayo: si un combatiente se interna en los escuadrones enemigos sin prudencia ni reserva, y sin llevar armas defensivas y ofensivas, necesariamente ha de sucumbir. Pues bien; los sábios carnales fueran tan necios, que quisieran el lauro de la castidad sin haber peleado; fueran tan inconsecuentes, que pretendían que hubiese castidad en sociedades basadas en cuanto fomenta la lujuria. Es un error, señores; todo hombre, después del pecado de Adán, ha tenido que sufrir mil ataques; las armas para pelear no le faltan; Dios le ha dado toda su gracia, y si alguno no ha sentido las ideas funestas de la concupiscencia, han sido excepciones de la ley universal, hombres privilegiados, destinados por Dios para llenar grandes designios del cielo entre los hombres. Pero esto era también una gracia singular y especial, propia de la Madre del Redentor, de su Esposo y algunos otros.

¿Quereis ser puros y castos en pensamientos, palabras y obras? Utilizad esta gracia de Dios: ya que no podemos vencer á tan terrible enemigo con nuestras débiles fuerzas, sigamos el ejemplo del Sábio. Ved lo que él dice de sí mismo: «Tan luégo como llegué á entender que no podia alcanzar la continencia si Dios no me la daba, acudí al Señor, y le rogué con todo mi corazón.» Hecho esto, corramos el camino que nos trazáran los Santos; es imposible

ser puro si no trabajamos por nuestra parte. Para conservar su inocencia, oid lo que hacía el santo Job: tenía hecho pacto con sus ojos para ni áun siquiera pensar en vírgen. ¡Ah! Huía este santo Patriarca hasta de una leve curiosidad, «porque sabía, dice San Gregorio, que el alma que es incauta en mirar lo que no debe, pasa fácilmente á desear lo que inconsideradamente miró.»

Se quejan los hombres de su miseria; se lamentan que no pueden perseverar en continencia; que á cada paso se ven en mil peligros; pero ¿quién se los presenta? ¿No son ellos mismos? ¿Se siguen acaso las reglas puestas por los grandes Doctores de la Religion para conservarse en la pureza? ¿Piensan en la ofensa que hacen á Dios y en los males eternos que se ocasionan á sí mismos, motivos poderosos y fuertes para contener al licencioso? Permítaseme decir, como por digresion, lo que yo mismo he oido á dos hombres rudos en las calles de esta ciudad. Bien sabeis que no es extraño ver y oír en nuestra amena reina de las Antillas cosas y palabras contra el pudor. Las mujeres infames se encuentran demasiado multiplicadas dentro de nuestros muros; su impudencia es tan escandalosa, que en medio del día se atreven á salir de sus nefandas mansiones á detener al pacífico transeunte. ¡Ah! ¡Dolor causa el decirlo! Pero así sucede, y no podemos callar lo que vemos y palpamos. Pues bien; pasaban no há muchos días dos jóvenes junto á la guarida de esas desdichadas, y al verse hostigados con sus insidiosos ademanes, «no, dijo uno de ellos; no entraré yo jamás en esas casas, pues estoy cierto que puedo morir infamemente en un hospital.» ¡Ah! ¡prez y gloria al pecho generoso de donde salieran palabras tan patrióticas. El que las dijo aún conservaba en su corazón aquel espíritu noble y guerrero de sus mayores; el traje que llevaba le recordaba que habia jurado fidelidad á su Rey y á su bandera, y que debia conservar su vida y sangre puras para sacrificarlas por

su patria. Y ¡qué, señores! digo ahora: ¿ha de poder más en el hombre el honor de su patria que el honor divino? Nosotros, que hemos jurado solemnemente fidelidad á Dios y á su ley, ¿la hemos de abandonar, pasando al campo enemigo? Se abstiene el hombre rudo del comercio carnal con mujeres corrompidas por no ser presa de la muerte en un lecho de dolor, ¿y no nos hemos de privar en esta vida de los placeres prohibidos, cuando con ellos aventuramos nada ménos que la eternidad? ¿Será posible que nosotros, que somos cristianos ilustrados y que comprendemos perfectamente nuestro origen y nuestro último destino, miremos como una cosa ligera un asunto tan grave? Desengañémonos: el que por mantener su robustez se contiene, como hicieran muchos filósofos antiguos, mucho más puede contenerse con la gracia de Dios para no perder su alma para siempre. Si no lo hacemos así; si el hombre cae como el ave en la red disimulada, él solo tiene la culpa. Cosas necesarias en la vida humana, diré yo á los falsos filósofos, son aquellas sin las cuales no puede vivir el hombre ni un sólo instante. Necesario es el aire para respirar; necesario el alimento para vivir; si un hombre pretende respirar fuera de la atmósfera, muere de repente; si es privado de la comida y bebida, morirá también desde el momento que haya cesado de consumirse en él la sustancia vital del último alimento. Examinad al hombre á la luz de esta teoría; examinaos á vosotros mismos: habeis pasado todos los años de vuestra infancia sin saber lo que era la lujuria; habeis pasado muchos dias sin entregaros por la misericordia de Dios á los excesos de la carne; la consecuencia está clara. Si habeis vivido un sólo dia sin necesitar de este alimento nauseabundo, podeis vivir una semana, un mes, un año, un siglo; luego no son necesarios los placeres carnales, como pretende el filósofo voluptuoso: luego con la gracia de Dios podemos ser castos.

Sí; la victoria es nuestra si contamos con los auxilios del cielo y no somos temerarios; para su logro nada influyen, ni los ardores del Ecuador, ni los frios del polo. Sin Religion, tan voluptuoso es el hijo de la Guinea, como el habitante de la Laponia. Para conocer esta verdad hasta la más sensible evidencia, no necesitamos de pensar nuestro espíritu, pues nos lo enseña la historia. La herejía que ha querido abolir la virginidad, tuvo su cuna y propagacion en los climas más frios de Europa. Trecentos años há que existe, y en todos ellos no ha tenido fuerza para producir en su seno una alma casta, miéntras la Religion verdadera ha engendrado en climas abrasadores á las Teresas de Jesus, á las Rosas de Lima, con otro número incalculable que ha conculcado el mundo, la carne y sus placeres por servir á Dios en castidad y retiro. Demos este homenaje de justicia á nuestra Religion católica: ella sola es la madre de las ideas castas; ella sola posee el suavísimo vino del amor divino, que produce las verdaderas vírgenes, á no ser que queramos dar este título también á las que, por adquirir renombre, han mirado con desden el matrimonio sin tener otras virtudes, á no ser que se pretenda elogiar sin razon á la famosa Mecenas del error, que cifró toda su gloria en tener suspensos por toda su vida á todos sus pretendientes coronados, para formar el pedestal de su fama con los trofeos de mil amantes. ¡Ah! Nunca las vestales de Roma serán las vírgenes del Catolicismo.

Es este el momento en que debo dirigirme al sacerdocio católico, que no entra en las gradas del santuario sino despues de haber jurado fidelidad, bajo su blanco estandarte: esta bandera es la castidad. Sí, sacerdotes del Altísimo; esta divisa nos distingue de otros muchos que se apellidan sacerdotes en las sectas disidentes sin haber recibido mision divina: miéntras ellos trabajan en su proselitismo por ganar el pan para su mujer é hijos,

nosotros no tenemos otra esposa que la Iglesia, ni otros hijos que los fieles, que debemos alimentar con el pasto de la palabra divina y el buen ejemplo. Temblemos, pues, si asentimos á las sugerencias carnales, porque somos entónces infieles á nuestros juramentos, y un hombre infiel ya no tiene honor: temblemos, porque la lujuria hace que seamos abominables ante Dios, de tal modo, que más agradan al Señor los gruñidos de un animal inmundo, que las oraciones del sacerdote lúbrico: temblemos; un infierno no basta para el ministro del altar, que, con escándalo del público, se arroja en los extravíos de la vida licenciosa. Temblemos, pues, si Dios nos ha de pedir cuenta de las almas que se condenen por no ver en nosotros buenos ejemplos. ¡Cuánto más rigurosa será la cuenta si les damos escándalos!

Voy á concluir, amados míos, dando las últimas pinceladas al carácter del enemigo que hemos de atacar. Es el demonio semejante á esos hombres que se precian de valientes cuando se hallan en una reunion pacífica, siendo los primeros en huir en el tiempo del peligro; mejor diré, con el Aguila de los Doctores: es un perro encadenado, que puede ladrar, mas no morder, á no ser que nos acerquemos. En cualquiera vicio que nos sugiera su malicia, no teneis más que presentar vuestro pecho armado con la coraza de la fé, llevando en la mano la esperanza en Dios, y estad ciertos que ha de huir al ver que salís denonados á la arena: *Renitite diabolo et fugiet a vobis*. Sí; desde que Jesucristo lo encadenó al pié del Gólgota, el demonio es un ente sin fuerza, y sólo se encruelece en los que se ponen en sus manos, no atreviéndose con los que le salen al encuentro, armados con la gracia de Dios. Pero ¿sabeis en qué materia es valiente? En la lujuria. ¡Ah, sí! El demonio está escondido en todo aquello que lisonjea nuestra sensualidad, cual sierpe disimulada que acecha entre flores deliciosas al descuidado tran-

seunte. Se encuentra este enemigo en las reuniones de ambos sexos; se halla en los teatros y saraos, en las diversiones profanas, en las calles y plazas; «entra en las chozas y los palacios, dice San Bernardo; no teme la pobreza ni el lujo, ni los centinelas de los alcázares y ¡ojalá huyese de los mismos asilos del pudor!» ¿Quereis vencerlo? ¿Quereis estrellar al orgulloso enemigo, que tiende por do quiera sus lazos? San Pablo nos lo dice, y el remedio es eficaz; huid de las ocasiones: *Fugite fornicationem*; en vano nos presentará Dios su gracia, como la más poderosa espada, si nosotros tenemos la temeridad de ponernos en los peligros; en vano querremos ser castos, si andamos siempre entre incentivos de lujuria. Dios no deja de ayudar á quien lo invoca; pero preciso es que el hombre haga algun esfuerzo de su parte para que la victoria sea segura y meritoria.

¡Oh pacientísimo Jesus! ¿Quién sino la lujuria os ha clavado en ese madero de ignominia? ¿Quién sino la lascivia causó vuestra desnudez en el Calvario? ¡Ah! Por las acciones desvergonzadas de los hombres carnales, te expusiste tú á la vergüenza pública de un palo afrentoso, despues de haber sido cruelmente azotado y coronado de espinas. Ayúdanos, ¡oh Redentor amable! Sé nuestro protector contra tan cruel enemigo; dirige nuestros pasos al bien; no nos dejes caer en la tentacion, para que podamos un dia pertenecer al coro de aquellos que no fueron manchados entre las inmundicias de la carne, y cantemos con ellos el cántico de gloria por toda la eternidad. Amen.